

Lo invariable en la religiosidad popular

Antonio BONET SALAMANCA
Madrid

Todo empezó en un Encuentro, a semejanza del Precursor, obligado al seguimiento cristológico y mariano, el cofrade, es vocado a colaborar en el mejoramiento de la condición humana. Por ello, en su singular cometido en el ejercicio cristiano y eclesial, asume en su amplitud y naturaleza a la vivencia volcada al próximo y alejado, como natural filosofía de vida, vivida. En los múltiples reglamentos y normas estatutarias se advierte, más allá del ámbito procesional, la difusión del ámbito asociativo, asistencial y hospitalario, como idóneas fórmulas en el ejercicio de la fraternidad universal, ya que, en ello, caben todos.

Resulta hoy, un tanto controvertido el simple ejercicio de un ritual o liturgia externa, que pasa por la sacralización del entorno urbano y rural mediante la procesión, sin el complemento de una Bolsa o actividad caritativa y social. Implícita función, necesaria y compartida con la devoción ejercida hacia las imágenes titulares, como salvaguarda de una fe, encarnada en el co-frater.

Resumir en contadas líneas la multiplicidad proyectiva de la Semana Santa resulta tarea ímproba, ya que, para unos, simboliza el disfrute vacacional, en otros supuestos, el retorno nostálgico a la infancia, y, ocasionalmente, su rehabilitación revivida. Para muchos, simboliza el anhelado retorno a la tierra de origen, a la añorada niñez, al acusado y recurrente dolorismo sublimado por el amoroso y reverencial seguimiento hacia una atractiva y humanada Pasión protagonizada por Cristo. En parte, la Semana Santa representa el Sacramento de los alejados, ya que, la estadística de Jesucristo resulta para los humanos un tanto extraña, aunque sea la mejor. Mas, la Semana Santa se proyecta en la Cultura hecha fe porque en esta semana Única, Mayor y Santa se habla y se vive con el corazón, sin obviar, que no es lo mismo laico que laicista, ateo que atea.

La fijación de la jornada celebrativa de la Resurrección de Cristo encarnada en la Pascua fue escenificada desde antaño hasta generar una encendida y permanente controversia.

Mover el alma: las emociones en la cultura cristiana (siglos IX-XIX)
San Lorenzo del Escorial 2022, pp. 361-382. ISBN: 978-84-09-42598-3

No sería hasta el primer Concilio de Nicea, en 325, en tiempo del emperador Constantino, cuando se establezca la misma, al privilegiar el calendario lunar sobre el solar y trasladar su festividad al domingo siguiente al plenilunio posterior al equinoccio primaveral, en fecha variable y oscilante entre el 22 de marzo y el 25 de abril.

Retorna la esperanza con la llegada de la vida intrínseca al nacimiento primaveral, por lo que, resultan dispares los factores integradores de la Semana Santa, entre los que se cuentan los religiosos, espirituales, devocionales, junto a las polisémicas manifestaciones de la Religiosidad Popular en sus múltiples manifestaciones como acontece con el entorno artístico (en especial escultórico-imaginero). En su prolija y atractiva conceptualización participan como seculares e inequívocas protagonistas, las Hermandades y Cofradías penitenciales.

El judeocristianismo reconoce cómo la verdadera religión se establece por un trabajo de purificación de las idolatrías espontáneas al asumir una higiénica depuración de las propias ideas. Las cruzadas difundieron el viaje a Tierra Santa, mientras los franciscanos erigieron los viacrucis, en inequívoca expansión cultural a la cruz y a las reliquias de la Pasión, erigidos en altivos emplazamientos y recintos naturales que nos remiten al símbolo por excelencia del cristiano. Por su parte, los dominicos difundieron, en parangón a los servitas, trinitarios y mercedarios, se erigieron en difusores del culto mariano, explicitado en el rezo del Rosario y la Corona de Siete estaciones. Desde finales del siglo IV, se propaga e incrementa el culto a las reliquias de Cristo, y el devocional hacia las más reclamadas como fueron la Veracruz y la Sábana Santa o “Santa Sindone”.

Durante la fase barroca, las Hermandades y Cofradías asumieron el sentir solidario y caritativo manifiesto en el entorno socio-religioso y laboral, aspectos vinculados al ámbito gremial en una sociedad fronteriza entre lo físico y lo metafísico, entre el templo (recinto interno) y la calle (recinto abierto), en conjuntada paradoja de contrarios. Otro componente sustentador del entorno procesional fue el escénico, patentado por el Teatro de Arte Sacro, los Autos de Pasión y las actualizadas Pasiones Vivientes (Chinchón, Perales de Tajuña, Esparraguera, Cervera, etc.).

De todo ello participa el símbolo y la alegoría procesional (Muerte = calavera, la canina, etc.). En buena medida, estos elementos han perdurado hasta nuestros días, ya que, el hecho procesional se sustenta y manifiesta en la relación dialogal entre el fiel y la divinidad encarnada en Dios, la Virgen y los Santos, baluartes de una religiosidad popular cuya presencia se instala en la santificación del espacio rural y urbano (religión y pueblo). Todo ello, singularizados por el sentir y el comportamiento comunitario, apreciable en algunas localidades con la

recreación de la habitual y consentida práctica penitencial, en evocación de las medievales corporaciones de flagelantes en puntual convocatoria y adoración del santo Madero, como se viene ritualizando en actualizada remembranza escénica en la riojana localidad de San Vicente de la Sonsierra, parangonable en manifiesta intensidad, a los empalao de la Vera cacereña.

Un análisis de lo apuntado responde a lo propugnado por Ludwig Feuerbach: El misterio de la teología es la antropología, mientras la religión proclama y ensalza la especie humana conforme a Bonhoeffer, “la sigilosa charlatanería del alma consigo misma”, y Bauer: “En la religión, el yo sólo se ha ocupado de sí mismo”. El verdadero Dios -que es manifestado en Jesucristo-, es justamente la crisis, la negación de nuestro mundo mental.

La Religiosidad Popular: A pesar de los convulsos y actualizados tiempos afines a la mayoritaria indiferencia religiosa, junto a la incipiente crisis de una, reclamada y autenticada religiosidad popular, no ha de ser obviada la nutrida y presencial estadística cofrade, integrada por unos 8.500 hermandades penitenciales, en los que se integran cerca de 2 millones de miembros, dispersos por la amplia geografía española, sin obviar las consideradas patronales, de gloria y sacramento. (Riqueza y variedad terminológica insertas en el singular vocabulario cofrade: carguero, bancario, costalero, portador, andero, trabador, estante, cargador, hombre de trono, costalero, horquillero...). En aceptada y coloquial adscripción, los cofrades somos masa, nada exquisitos ni selectos, por lo que, se requiere tan solo trasladarse al fondo del corazón ya que, la Cofradía tiene el deber de ser masa, entre y para las masas, hasta que, el pensamiento se erige en oración y nos conmueve. En el mismo sentido, el Hermano Mayor ha de ser considerado como el más cualificado embajador de los alejados, nunca un juez, por lo que, deberá mejor ejercer más de tolerante que de santo.

En general, la imagería procesional reincide y perpetúa el conjuntado y colosal paso mariano protagonizado por María embellecida por el celeste y orlado palio, en multiplicidad advocacional, en el que se integran en bella disparidad, las devotas titularidades de Salud, Socorro, Amparo, Fin, Esperanza, Paz y Caridad, sin obviar, otros tantos vocablos canalizados por el dolor traspasado de lágrimas y puñales, sin obviar, las siete espadas marianas. Controversia histórica y teológica adscrita al paso mariano, en el que, sobresale el altivo altar mariano, de transitorio carácter rodante que ensalza, aún más, si cabe, el rostro y la vestimenta virginal, aun cuando, bajo palio, solo se rinda culto al Santísimo (El rostro mariano de Dios). María se erige en la mediadora y corredentora, que suple el vacío y corrige la tradicional teología, en exceso patriarcal y varonil, en detrimento de lo femenino proveniente del ámbito divino.

Resaltar igualmente la tipología del paso procesional priorizado de única imagen y resuelta en bulto redondo, en contraposición al conformado por varias tallas. (Conmover en madera en la que Cristo fue crucificado). Los pasos pueden clasificarse de única figura respecto a los denominados de Misterio conforme a la diversidad iconográfica encarnada en los distintos episodios de la Pasión (Entrada, Oración en el Huerto, Prendimiento, Flagelación, Coronación de Espinas, Mofas, Preparativos, Crucifixión, Descendimiento, Conducción al sepulcro y Resurrección). Se reivindica y formula en los distintos pasajes, la búsqueda y el reclamo de un naturalismo presencial priorizado en los conocidos Actos del Descenso corpóreo del crucificado, en asimilada respuesta y terminología al origen geográfico, de ahí, el Devallament, en Cataluña, Abajamiento en Aragón y Descendimiento y Desenclavo, en el resto hispano.

El teólogo centroeuropeo Romano Guardini, diferenciaba entre la imaginería de culto, caracterizada por su objetividad, y la devocional. El asunto imaginero fue abordado con la requerida diligencia durante las sesiones conciliares de Nicea, Trento y Vaticano II. En el primero se plantearon las prácticas y tradiciones de Oriente y Occidente, el trasunto teológico en Trento, y el ámbito pastoral tratado en el reciente Vaticano II. Entre las recientes fuentes documentales se precisa resaltar la Encíclica “Mediator Dei”, de Pío XII, en 1947, mientras el Movimiento Litúrgico se integra mediante un proceso de inculturación asumido tras la Segunda Guerra Mundial, al abundar en los términos de fe, cultura y religiosidad del pueblo. Se recupera en parte, el valor del simbolismo religioso en las funciones ornamental, testimonial y ritual, mientras se realza el lenguaje alegórico y metafórico conforme al ritualismo utilizado como mediación expresiva y constitutiva del núcleo cultural propiciado por la intrínseca naturaleza de la religiosidad popular. En 1987, la Comisión Episcopal de Liturgia, más que definir la piedad popular, la describe como, “el modo peculiar que tiene el pueblo, es decir, la gente sencilla, de vivir y expresar su relación con Dios, con la Virgen y los santos”. Hasta parece, que por Jesucristo, más que amor, se siente pasmo, asombro, admiración, susto y maravilla, además de desconcierto: “Llega y te descoloca”.

Sin embargo, ante la cambiante sociedad, la actualidad de la Semana Santa resta, en parte condicionada por el turismo masivo de signo religioso (Museos de Semana Santa, de enseres y pasos, archivística sin descartar el entorno expositivo, incremento editorial y bibliográfico, las escenificaciones en vivo, etc.). En el ámbito artístico destacar la práctica escultórica, junto a la talla en madera, sin obviar, la orfebrería o la fundición de campanas (esquilas ganaderas), que conlleva el retorno hacia fórmulas identitarias y primigenias (Antropológicas), además de la imperiosa recuperación del bordado, la música y el poemario. Innovadoras tendencias, en buena parte, recuperadas del generalizado olvido

y del cotidiano transcurrir existencial y biográfico ante la compartida y agradecida memoria colectiva. De aquí, el continuado reclamo y el reconocimiento otorgado recientemente a algunas de las localidades que exaltan su Semana Santa con el alegato del reconocimiento diocesano, regional, autonómico nacional e internacional. A ello, se añade la convocatoria de diversos Foros de Encuentro (Congresos de Cenáculos, Getsemaní, Flagelaciones, Medinaceli, Servitas, Descendimientos, Nazarenos, etc.), sin olvidar, el habitual hermanamiento entre Cofradías de homónima titularidad (Veracruz, Dolorosas, etc.). (Dinámica de Encuentros y Congresos).

El hecho cristiano y eclesial en el que se inscribe la religiosidad popular desde los distintos parámetros que nos remiten al entorno antropológico, espiritual y teológico se inscribe en los retos abordados ante la problemática contemporánea del secularismo, la increencia y el indiferentismo religioso. Otro hecho reciente recoge los cambios tecnológicos, de inusitado alcance y aplicada inmediatez, junto al innovador alcance de las redes sociales y las técnicas informáticas.

La religiosidad popular, en general, ayuda a salir en buena parte de “hacer metafísica”, al plantear estas cuestiones de manera sencilla y cotidiana, en contraste a la terminología negativa de la increencia del “Exilio, el eclipse, o la muerte de Dios”. En ocasiones, la religiosidad se percibe como algo invisible, tan sólo reducida a ciertos momentos y espacios concretos adscritos al ámbito privado. Dios se percibe como “el horizonte de lo posible”, mientras que, la religiosidad popular nos recuerda la permanente conexión entre Dios-hombre, lo divino y lo humanizado en aceptado recurso dialogal y búsqueda de nuevas vías encaminadas al optimizado humanismo pendiente de proyectos de trascendencia.

La versión de la Semana Santa española se expande y amplía en sus aspectos religioso, contemplativo, estancial, escénico y visual, más allá de las fronteras naturales, con el énfasis y el empeño evangelizador como acontece desde antaño por tierras vecinas de Francia, Portugal, Italia, Bélgica y, cruzando el charco a Iberoamérica (Perú, Venezuela, Colombia, México, Guatemala y Brasil) hasta alcanzar Filipinas. Resulta crucial la conservación y el fomento de ancestrales tradiciones, a pesar de que, en cada tierra los “sentidos creen”, y “eso también pertenece a la Semana Santa”.

Se reconoce a la cofradía como inicial célula asociativa emergida durante la baja Edad Media. El 21 de julio de 1717, se suprimieron tanto las consideradas gremiales como las que no habían sido aprobadas por el Consejo de Castilla. Las ordenanzas internas propiciaron la explícita función del muñidor, contratado a sueldo, responsabilizado de avisar a los cofrades para la oportuna asistencia

a las juntas. En los distintos episodios de la Pasión sobresale la magnitud de un Cristo transformado al asumir y adoptar una forma especial de ser hombre para ejercer lo humano como Nuevo Hércules, convertido en portador del pesado madero y provisto de las culpas ajenas como trono de innegable redención.

Las Procesiones: Dios mismo ordenó a Josué la organización de las siete grandes procesiones alrededor de las murallas de Jericó. En el Nuevo Testamento, Jesús accede un Domingo de Ramos con marcado acento procesional a Jerusalén al asumir e iniciar así el ciclo de Pasión. Posteriormente, padecerá el infausto juicio con las sucesivas Mofas previas al Camino hacia la cumbre del Calvario y la profetizada muerte en el Gólgota, precedente de la igualmente anunciada y gloriosa Resurrección.

En principio, las procesiones no se denominaron tales, sino “pompas”, término griego traducido por cortejo o comitiva, en el que intervenían danzantes y grupos corales, carrozas, etc., todo ello, en honor a los dioses paganos, en sintonía al tono lúdico y festivo de dichos cortejos. En la liturgia del sacramento bautismal, se exigía al bautizado la renuncia previa a las “Pompas de Satanás”. ¿Cuál es el origen cronológico de la Semana Santa? El sentir procesional nos remite a los relatos veterotestamentarios, si bien, la primera procesión en la Liturgia Ordinaria nos retrotrae a la “Entrada de Jesús en Jerusalén”. (La Ciudad Santa). La historia retrocede hasta el nacimiento de las congregaciones y el manifiesto interés hacia los claustros monásticos con abundamiento del sentir catequético y pastoral (Retablos y Libros), en símil, al nacimiento fundacional de las denominadas Órdenes mendicantes priorizadas por franciscanos y dominicos. El sentido austero y penitencial abundó en la colectividad del asociacionismo grupal al seguimiento y la Pasión de Cristo.

Desde una inicial simbología acorde al sentir procesional, los cofrades peregrinan de dos en dos (discipulado), enfilados y alumbrados por la vela y el tintineante y lumínico cirio que emerge del hachón, en idónea integración personal y colectiva (luz que no cesa). Bajo el rostro cubierto, en silente acogida, se promueve el fraternal agrupamiento, revestido del austero hábito, resuelto en estameña, lino, tergal, ruán o raso, en versátil vestimenta destinado a la igualación de las clases sociales en obligado reclamo del solícito anonimato (igualdad). De uno en uno, aunque en asociativa y humanizada peregrinación, se incorporan hacia el más allá con finalidad de alumbrar e iluminar la noche hasta prolongar el día y transformar la oscuridad en transparencia lumínica (en símil a los fuegos de artificio=Barroco). La luz canaliza el fluir procesional, “Brille vuestra luz delante de los hombres”, en el caminar hacia la Luz que no cesa. El misterio de la Encarnación implica, la irradiación de la luz como fuente de vida, que prevalece a las tinieblas.

La Iglesia depuró de reminiscencias paganas algunos rituales al adoptar un cierto estilo “militarista” o processio, en sinonimia a “marcha” y avance, en sentido militar. En el origen de la legión romana figuró la enseña respectiva presidida por la simbólica insignia aguileña que sería sustituida desde el inicio de un depurado cristianismo por la cruz, erigida en símbolo martirial y triunfante de Cristo vencedor de la muerte. La procesión participa de la peregrinación individual y grupal, característica de toda Cofradía, transformada en “milicia espiritual”. La tradición cristiana recoge el hermanamiento de sus miembros, entre quienes, el susurro y el rezo oracional y cantado como superador de barreras individuales al admitir la filiación divina como Hijos de un mismo Dios y Padre.

La imagen y el Paso Procesional: El Concilio de Trento, en su vigesimoquinta sesión convocada en las jornadas del 3 y 4 de diciembre de 1563, se abordó el asunto de la veneración de las reliquias de los santos y de las sagradas imágenes. Cristo y la Virgen abandonaban el retablo templario para salir a la calle y mezclarse con la multitud exaltada de fervor devocional. (En la gaditana localidad de Arcos de la Frontera, se le rompió el brazo del Cristo y, entre la multitud, alguien gritó: ¡Un médico!). Dios protege lo bello y la Semana Santa perdura fiel al ideario barroco, hasta cierto punto, una “anticualla”. El Cristianismo adopta en su natural proyección icónica, en torno a una imagen contemplada en compartida y activada participación de los fieles respecto a su particular función mediática. No sin discusión, el Concilio de Nicea, en 787, aceptó la imagen religiosa al considerar que, lo que se veneraba en ella, no era el objeto material, sino lo que representaba. En este sentido se decantó el Concilio de Trento al divulgar la imagen como ayuda para propagar la devoción y el arte entre los fieles .

El término *Passus* deriva del latín e, incide en el sufrimiento o padecimiento, episodio de pasión destinado a mover al fiel a devoción y exaltar la imagen provista y dotada de la requerida unción religiosa (Gregorio Fernández, induce a no dejar indiferente al espectador según los respectivos informes contractuales). Así, el dibujo, el grabado y la escultura, inciden en su proyección catequética, a modo de singularizado mensaje, destinado a mover al fiel y devoto que contempla e identifica, en madera vista o policromada, los distintos episodios evangélicos en los que se plasma la anhelada Historia de la Salvación. El II Concilio de Nicea abunda en la sentencia de la “honra dada a la imagen es para el prototipo, siendo la veneración para lo representado, nunca para el objeto en que se materializa”. El dolorismo reivindica la naturaleza humana de Cristo, de aquí su vulnerabilidad. La hematidrosis o efusión de sangre en forma de sudor generó durante la etapa bajomedieval, una iconografía adscrita al entorno germánico, en consonancia a la reiteración de conjuntadas tallas de Cristo muerto sostenido

por su Madre (vesterbild). Los movimientos conformados por grupos de disciplinantes en 1260, se consolidaron en difusores de la penitencia pública y la autoflagelación al canalizar las procesiones penitenciales al participar de las letanías expresadas en cánticos y oraciones para impetrar la misericordia divina. La procesión como manifestación total de la comunidad (representación, devoción, catequesis y penitencia), en equilibrada armonía entre la estaticidad teatral y el dinamismo procesional. La cofradía, conformada en núcleo asociativo fue característica en un primer momento del laicado urbano.

En cuanto al empleo y el predominio matérico, resalta la proliferación de madera en Alemania y España frente al predominio del mármol en Italia. El acarreo del material resultó más costoso que la directa extracción y el traslado del mismo con preferencia por el tiro de bueyes al de mulas, más pacíficos y serenos en su ralentizado itinerario por los secos caminos del verano castellano (La Retablística). El proceso escultórico e imaginero entraña un dilatado proceso inserto en la primigenia idea impresa en el barro previo al vaciado en escayola y el acabado definitivo en madera o piedra. Imprescindible técnica plasmada en el embolado que iguala la superficie previa a la aplicación del encapado y la aplicación del pan de oro, sin obviar las medidas en varas o pies antiguos.

La imaginería de Pasión resulta común y afín a las distintas escuelas escultóricas conforme al origen y la procedencia geográfica, bien en el ámbito peninsular o insular con primacía de las escuelas andaluza, catalana, levantino-murciana, gallega, madrileña y castellano-leonesa. El poder de la imagen plantea problemas identitarios, similares a la incuestionable ecuación entre la preeminencia y concordia entre la pintura y la escultura, y la evidente creencia de que, la contemplación conduce inicialmente a la imitación, y posteriormente a la elevación espiritual .

Los diversos tipos de madera nos remiten al empleo del pino, cedro, aliso, abedul, caoba o nogal según la disparidad climatológica. Así, se escoge y predomina el cedro en Andalucía, y el pino (90 tipos) en Castilla y León. Igualmente, se precisa y se advierte de la notoria diferencia y práctica en el oficio de escultor o imaginero como reflejo y recordatorio de los antiguos estudios gremiales con graduación profesional desde el aprendiz, al oficial y Maestro. Hoy, las Escuelas de Artes y Oficios, Academias y Facultades de Artes (Historia y Bellas Artes), han sustituido en buena lid, a los antiguos y concurridos talleres de Imaginería.

En principio, los pasos procesionales fueron resueltos en papelón o cartón-piedra, material liviano, previos a la inserción de la madera ahuecada o vaciada en orden al aligeramiento y la pérdida del peso mediante el inicial soporte y traslado en sencillas parihuelas. Se instala entre los múltiples y reiterados

encargos, una asumida preocupación por la plasmación del naturalismo como acontece en la práctica pictórica y el recurso, entre otros, al tamaño académico y humano, sin obviar, la proliferación e incorporación de postizos (pelo natural, dientes de pasta, corcho para imitar heridas, etc.). Entre la temática contemplada predominan los diversos pasajes alusivos a la Pasión cristológica y martiana, la inclusión de una variada simbología complementada por la alegoría y el sentido metafórico adscrito al tratamiento compositivo, tipológico y representativo, basculante entre la vida y la ausencia. La muerte y el dolor se adivinan, sin suavizados paliativos en plasmación de una dramatizada imagería penitencial, apreciable en la disparidad de Soledades y Dolorosas, recostados e inertes yacentes (santo sepulcro, sepelios, entierro, calaveras, caninas...). Entre las predilectas y requeridas como habituales devociones pasionistas por el acusado y mayoritario reclamo compartido en el entorno rural y urbano, la presencia del Nazareno.

San Atanasio afirmaba que, sólo se salva lo que se ha asumido; con dicha frase se reafirmaba la humanidad de Cristo y su vinculación terrenal en consonancia al reinado del Padre. Según el teólogo González Faus, “si Jesús es el Hijo de Dios, los dioses de los hombres deben de morir”. La confesión de fe en la divinidad de Jesús pertenece a lo más nuclear de nuestro ser, si bien, no resultan escasas las dificultades asumidas por el creyente al formular dicha confesión de fe. Dios ha asumido el dolor del mundo, mas responsabiliza al hombre de los talentos otorgados: “lo que hicisteis con ellos a Mí me lo hicisteis”. La fe requiere un acusado grado de confianza depositada tanto en el Jesús histórico como en el Cristo revelado. “El nuevo Hércules o Cofrade Mayor”, es reconocido como uno más, familiarmente apodado y reconocido por el pueblo como el “Rico”, el “Pobre”, el “Abuelo”, el “Terrible”, hasta ser identificado como uno de los nuestros (Nuestro Padre). La reciente historiografía asume de partida y origen la fase ilustrada, y como presentación, más que representación, la imago pietatis-Vera-iconos. En parentesco devocional, la Devotio Moderna-Nazareno mirando=contemplación-Reflexión (discernimiento). Jesús invita al fiel a seguirle, convertido en alter Cirineo con su mano izquierda amarrada al madero y la mirada depositada en el fiel mientras con su derecha se aferra a la Cruz o bendice al fiel-espectador.

La percepción y mirada hacia una imagen adquiere fórmula dialogal al provocar la llamada, e incluso, el cambio personal nunca a espaldas del hombre. Las imágenes también educan nuestra fe. San Juan de Ávila quería prohibir las imágenes vestideras para anatomizarlas escultóricamente como lo indicaban los grandes maestros de la gubia presididos por Gregorio Fernández en Castilla o Martínez Montañés en Andalucía .

Crucificado: La falta y escasez documental no impide históricamente contemplar la disparidad compositiva y representativa del Crucificado (Dos maderos, stipes y patibulum, perizoma, subpedaneum, tres o cuatro claves, coronado o potentado). El legado artístico nos remite al carácter anicónico de las religiones semíticas con la directa repercusión en la legislación del pueblo hebreo. Entre los partidarios de la representación sublimada de Jesús destacaron entre otros: san Juan Crisóstomo, san Jerónimo, san Gregorio Niseno y san Juan Damasceno. Para éstos, con ligeras variantes estéticas, Cristo fue un Hombre de rostro hermoso y apolínea anatomía. La imagen del Crucificado puede contener y transmitir los inspirados pensamientos de un san Juan de la Cruz, de Teresa de Jesús, del cuasi anacoreta san Pedro Alcántara, de Fray Luis de Granada, o los excelsos versos escritos por el prolífico Lope de Vega. La expiración es el momento culminante en que Cristo entregó su espíritu, junto el fomento del pietismo del siglo XV, y las meditaciones de Tomás de Kempis, en similitud a la Pasión del crucificado, inherente a una mística conformada por la angustia adscrita al incremento de la expresividad patética (El árbol de la cruz de tradición medieval).

Descendimiento: Episodio en el que se agudiza el drama narrativo y escénico al descender el cuerpo cristológico ante la petición cursada por José de Arimatea en colaboración con Nicodemo, en presencia de la Virgen, san Juan y las santas Mujeres. Su origen iconográfico se establece en Bizancio, si bien, durante la Contrarreforma, sendos personajes se sitúan a ambos lados de la cruz, alzados en toscas e inestables escaleras en ascendente y piramidal composición pictórica rubeniana. Se mantiene la disposición triangular con el eje central sito en el madero de la cruz con las escaleras de cierre y arriesgado equilibrio, junto al empleo de las requeridas diagonales. José de Arimatea sostiene el cuerpo de Cristo mientras Nicodemo extrae el clavo de la mano izquierda y la Virgen recoge el brazo derecho del Hijo con las manos veladas mientras san Juan se lleva la mano al rostro en señal de duelo.

Dolorosa, Piedad, Angustias. Contemplar la imagen de la Virgen de tu infancia constituye toda una Catequesis, “sin adentrarse en un templo o asistir a misa”. La iconografía mariana incide en el dolor (El acunamiento de Belén se transforma y rememora en el Gólgota). Mueca de dolor de una apenada María, revestida por la bicromía carmesí, en contraste al oscuro azulado transido de dolor y gozo. Mariana tipología fronteriza entre las variantes asumidas por la Soledad, la Dolorosa y la devocional Piedad, conmocionadas ante el agudizado dolor y la gesticulante actitud del pasmo provocador mediatizado por el sentimiento de ternura, junto a la tensionada actitud generada por la Angustia de luctuosa y dolorida complacencia. La iconografía de la Piedad adoptó como fuente de inspiración el evangelio apócrifo de Nicodemo, conforme a las Meditaciones

del Pseudo Buenaventura, las visiones del dominico Enrique Susó y la sueca de origen principesco, santa Brígida, a quien, en acordada aparición, la Virgen le solicitó el rezo y la meditación de sus dolores. Las primigenias representaciones nos remiten hasta inicios del siglo XIV, popularizadas por la *Vesperbild*, germánica, tipología expandida a Francia, Italia y España en el siglo XV.

Resucitado: Reclamada y sorpresiva imagen, quizás la más atrevida de las incorporaciones imagineras ante el elevado nivel conceptual, perteneciente al ámbito de la creencia sin merma de la controvertida resolución plasmada en un Cristo, mensaje y anunciador de un nuevo Entorno. El arte cristiano primitivo representó a Cristo imberbe hasta el siglo V, al recordar que la patria de los hombres es la Infancia. La Palabra que se hizo carne se transforma en imagen por medio de la Belleza. Las manifestaciones teatrales aportaron múltiples alternativas reincidentes en el gozoso episodio, junto al planteamiento de contados teólogos reincidentes en la búsqueda de aspectos formales, entre los que destacaba, el instante en que Cristo resucitó, desnudo, o provisto del paño de pureza, o cubierto de ajena vestimenta. Durante la etapa barroca, las representaciones pictórico-escultóricas resuelven algunas dudas al ubicar el pie de Cristo sobre el borde del sarcófago sin descartar el contacto con la lápida sepulcral. Con posterioridad, los artistas agudizan el dinamismo escénico en el gozoso pasaje de la resurrección ascensional (arte italiano). Camus alegó: "Lo difícil no es aceptar que Cristo sea Dios; lo difícil será aceptar a Dios si no fuese Cristo. Dios mismo descubre todo lo que es posible y el resultado es Jesucristo". El misterio cristiano nos estimula a dar vueltas con la intromisión del conocimiento psicológico, al unísono con Unamuno, al reivindicar que el objetivo de la vida es hacerse un alma.

Al retornar a la inicial pregunta de ¿Qué es la Semana Santa?, es necesario incluir, entre otros aspectos, el acusado simbolismo en el que se inscribe la fiesta de los cinco sentidos, la Fiesta total, en un continuado itinerario biológico, nunca en huida, al perdurar en solícita y continuada actitud de búsqueda. Hay una Teología colectiva y festiva donde se admira la resurrección como algo perteneciente a la vinculación entre lo cósmico-natural, no sólo histórica, también procesual, donde la Virgen es cada vez más reina y menos Dolorosa, en un densificado itinerario hacia la experiencia redentora. El viajero busca, en primer lugar, el sentido profundo de la vida, existencial idea que prevalece en el ideario del viajero. La persona, hombre y mujer se moviliza de continuo y cada uno de sus movimientos describe un sendero. Tomás, empezó a creer en Dios de distinta forma porque desde Jesucristo, Dios es ser Hombre de otra manera, "el mejor de los nacidos", en directa alusión a la saeta dedicada al granadino Cristo de los Gitanos. Somos una extraña decisión de Dios, mucha suerte hemos tenido. La Iglesia, sin Semana Santa, se queda y hasta se percibe, en parte, recluida en las sacristías. En dicha santa semana todo queda mezclado, como el cristianismo,

primero va el Señor por si llueve, luego va la Virgen. En acelerada síntesis, “la Semana Santa es una ronda de supremos sinsentidos que no pueden explicarse con la visión de los ojos de la carne”. Que se abran las puertas del templo, y salga la Cruz de Guía. Silencio, empieza la procesión, Música y a la calle.

El cofrade ante el Covid-19. Si algo hemos aprendido en esta dilatada crisis sanitaria de innegables implicaciones socioeconómicas con inclusión de su incómoda y aceptada prórroga, es el reto ante esta nueva edición de 2021, que nos plantea una cierta complacencia en el transcurrir espaciotemporal, ante la inmediatez e incertidumbre de una desconcertante casuística que pone en boga y duda el triunfalismo del Trashumanismo. Para cualquier cristiano en su condición de cofrade resulta ilógico y hasta injustificada, la aceptación de los hechos, en continuada búsqueda de una de una causa inicial de los mismos. En ocasiones, parece que dicha atribución se escape del entorno cognitivo dada su singular naturaleza, ajena a la razón de su posible control y medida. Se nos remite al mito o a la historia para entender el comportamiento del cosmos, como si no fuera una creación divina, a modo de anhelado retorno a lo medieval, como se advierte en el compostelano Pórtico de la Gloria, cuya pétreo portada nos remite a una doble lectura, acorde con la Historia de la Salvación, el Antiguo Testamento a la izquierda, y el Nuevo a su derecha, con primacía en la parte baja del entorno soteriológico en conceptual afinidad a la antropología teológica.

En la zona inferior prevalece el recuso narrativo que nos permite introducimos en el pérfido y variopinto bestiario con presencia de gárgolas y demás referentes expresivos vinculados a la presencia del mal y el maligno aunque con la manifiesta voluntad de poderle hacerle frente. En sentido figurado, la vida justifica y asume la muerte, intrínseca a toda condición humana (en continuado proceso hacia la muerte). Somos estructuras de deseos formales con capacidad racional, en sincronía al derrotismo expresado por Schopenhauer, “lo último que me salva es la razón”, así lo peor que puede pasarme es nacer y lo mejor, morir pronto. Unamuno afirmaba con mente despierta, que “el objetivo de la vida es hacerse un alma”, si bien, para un cristiano, el mundo no se comprende sin el mal y el pecado (Encarnación y Resurrección). Si el arte es el momento evasivo de una continuada tragedia, la música te aleja de esa negatividad, en similitud al acusado desorden, si bien, las auténticas decepciones humanas recalán y apuntan al egoísmo y la maldad.

El irregular verbo esperar simboliza la posesión de la esperanza previa a la consecución de cualquier pretensión, en especial, si resulta favorable. La espera del cristiano y del cofrade es receptiva y depositaria de algo más que un simple transcurrir temporal. Interesa destacar la amplitud y conformidad adscrita a una difusa sinonimia terminológica, en marcada aceptación cognitiva

de compleja homologación lingüística, ya que, no resulta sencillo identificar la espera de un hijo con la espera de un tren.

El Nihilismo y el Hedonismo marginan la creación de un Dios que rastrea con detalle nuestro terrenal transcurrir en providente itinerario, pero ¿deriva de ello el sufrimiento o la muerte? Hoy, el término biológico nos traslada al tabú, de origen polinesio (algo existente pero que no se debe ni se puede hablar de ello), con tendencia a deshumanizar lo artístico y dejarlo en su pura esencia (comprender el surrealismo y otras tendencias). La admisión del misterio nos proporciona una certera e inabarcable, sensación de pequeñez (pues no lo sé). Pero, ¿cómo vivir la experiencia del Covid? Esta luctuosa y prolongada pandemia nos prueba y enfrenta ante la consistencia de una fidelidad depositada y sin condiciones, en el único y mejor Maestro, con asunción de un comportamiento sustentado en el requerido seguimiento bíblico, “El que persevera hasta el final se salvará”. Dignidad convertida en referencial valor, que se precisa y necesita para mejor contemplar la intervención y el puesto de Dios en la Covid, incluso en versión apocalíptica (Ap. 21,9). La pandemia de generalizada implantación nos interpela y remite al problema del mal y cuanto representa, como preludio de futuros cambios entre los que descuellan, la regresión de las relaciones sociales, el confinamiento individual y colectivo, junto a la dificultad de restablecer un espontáneo y añorado asociacionismo. El miedo, la ansiedad y la angustia cohabitan ante el enigma y el desconocimiento de un incierto desenlace final que ponga feliz rúbrica a esta fase de inquietante inestabilidad.

La fenomenología alemana con algunos de sus representantes como Max Scheler se adhirió al “Gran Quizás”, en alusión al temor religioso, por lo que, el origen de la religión natural estaría en consonancia al miedo y la inseguridad del destino humano. La actual realidad social recoge el eco de una incrementada tensión colectiva, en base al prolongado paréntesis existencial ante la evidente falta de previsión con certera sensación de pesar ante el único recurso depositado en la colectiva y eficaz vacunación que permita paliar la garantizada y previsible crisis sanitaria, sin exclusión del malestar psicológico. Al actual estado de alerta se le acusa de la diversidad malévolas con la implicación de limitadas prohibiciones portadoras de un procesual estado de ansiedad personal, junto al quebranto del estado neurológico o la alteración del cotidiano costumbrismo que interfiere ante la ausencia del obligado descanso, el cambio horario o el excesivo sedentarismo. Ante el adveniente pesimismo, resulta interesante la percepción cristiana asumida por los Magos de Oriente en su aventurado peregrinar, iluminados por la estrella de Oriente, en conformidad al considerado “Patrón de Predicadores”, Juan Crisóstomo (boca de oro): “No se pusieron en camino porque vieron la estrella, sino que vieron la estrella porque se habían puesto en camino”.

El filósofo francés de la pasada centuria Gustave Thibon, en alusión a la búsqueda de la requerida libertad, afirmó: “El infierno del amor es encontrar lo más horroroso en la persona más querida y no poder cambiar en nada ni ese horror ni ese amor”. Gabriel Marcel difería entre el yo mismo y la situación de uno mismo”, mientras el teólogo Antonio Vergote señalaba, que “El judeocristianismo enseña que la verdadera religión se establece por un trabajo de purificación de las idolatrías espontáneas, una labor de higiene de las propias ideas (ídolos)”, reincidentes en las potencialidades humanas, en contraste a Ludwig Feuerbach”. El misterio de la teología es la antropología” siendo la religión la apoteosis de la especie humana”, al estilo de Bauer, “En la religión, el Yo sólo se ha ocupado de sí mismo”. Se precisa la exclusión de un desconcertante pesimismo espiritual e identitario, “Hombre de Dios me llamo, pero sin Dios estoy”.

Para un cristiano, el verdadero Dios es el manifestado en Jesucristo, sabedor de la crisis, el sufrimiento y la muerte en su corporeidad, encarnada en la experiencia humanada como negación de nuestra órbita más cercana y cercenado mundo mental. La vida asumida como elección, ya que, quien no elige, muere. ¿El Dios real?, para todo cofrade se llama Jesucristo y tiene madre, padre, primos, pueblo y documento nacional de identidad hasta ser proclamado como “el camino, la verdad y la vida”. El cristiano, a pesar de picos, ascensos y caídas, se erige en sabedor de su precisa transformación discipular como inequívoco seguidor de Cristo y su mensaje, en continuada homologación al Cofrade Mayor, único y mejor, ya que, su singularidad y naturaleza provoca permanente asombro. Con carácter celebrativo parece que, por Jesucristo, más que amor, se siente pasmo, admiración, susto y asumida atracción, sin obviar un existencial desconcierto que llega y te descoloca. La fe cristiana se distingue del resto, incluso de la reconocible doctrina religiosa. Recuerdo con reconocida gratitud algunas de las inspiradas frases del escolapio Enrique Iniesta Coullaut-Valera: “La Semana Santa tiene todo mezclado en similitud al Cristianismo”.

En asumida versión petrina, recojo algunos de las perlas y laudatorios piropos emitidos al Magisterio directo de su Maestro: ¿Adónde iremos, Tú solo tienes palabras de vida eterna?, o ¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente, el Ungido!, Tú sabes que te amo, lo sabes... La previsible radicalidad en el seguimiento quedó confirmada ante los requerimientos de anuncio profético y la generosa heredad filial volcada al género humano, en asumida invitación más allá del concepto filantrópico. Todo ello refleja la favorable disposición redentora hacia una carencial y doliente humanidad “mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen a mi Padre... (Lc. 8,19-21)”, sin posible atajo ante una espiritualidad sustentada en la búsqueda de lo trascendente y lo sobrenatural.

El novelista francés Albert Camus afirmaba que, “lo difícil no es aceptar que Cristo sea Dios; peor sería aceptar a Dios si no fuese Cristo”. A pesar de lo apuntado, el Dios de los filósofos no deja de representar un severo problema para el entendimiento y la reflexión de lo humano, en ocasiones, proclive a la limitación implícita al común raciocinio. Por otra parte, creer, significa conocer al incidir en la búsqueda de la verdad, no la que está por decir, ni la última, sino la encarnada, sin ambages en y por el Jesús neotestamentario: “Yo soy la verdad”. Dios mismo se descubre todo lo que es posible siendo el resultado Jesucristo, al que, tan sólo, le hicieron falta, tres años de vida pública, para dejarnos, a modo de estela prevalente su sinergia creadora y su empatía hacia y con el ser humano. Hasta sus más directos detractores, sin obviar a la pléyade de los considerados indiferentes, y hasta los “apartados” o agnósticos, reafirmaron su interés hacia su presencia, al estilo del polifacético y controvertido cineasta italiano, Pier Paolo Pasolini, al afirmar en su defensa, que “Jesús no es Dios pero es divino”.

En la actualidad se asume una prudencial distancia entre el dios imaginado y el Dios revelado, por lo que, se precisa del sustento proyectivo del Dios evangélico como testigo, nunca ajeno a la Historia sin novela, enriquecida incluso con la leyenda. Se precisan y los hay, conversos, a modo de profetas o alter Christus, a lo paulino, apóstoles de gentiles, en paráfrasis epistolar a hebreos y filipenses: “A pesar de su condición divina, no se aferró a su condición de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo haciéndose uno de tantos. Así, al presentarse, siendo uno cualquiera, se abajó obedeciendo hasta la muerte y muerte de Cruz”. Algunos denominan a esta liquidación de su divinidad “kénosis” o “vacío”, “privado de”... Como afirman algunos autores, somos psicología, aunque la culpabilidad psicológica carece de dimensión evangélica, por lo que, vivir desde la fe en Jesucristo genera renovada dosis al seguimiento, incluso ciego, al estilo del profeta Samuel (aquél que escucha a Dios). En símil comparativo, de asimilada creencia, a pesar de la dudosa incredulidad propuesta por el apóstol, pescador de profesión Tomás Dídimo (gemelo), ante la ausencia del Maestro y su escasa convicción táctil y visual.

El sustento de la religiosidad popular y, por tanto, del cofrade como miembro de una hermandad penitencial, de gloria o sacramento es el seguimiento y la aceptación de una atractiva apuesta por la cristología y la mariología, sin exclusión de su proyección terrenal y hagiográfica en el ámbito transformador de los ámbitos rural y urbano como innegable método de sacralidad ante la presencia de un Cristo y su bendita Madre.

Esta conversión de la fe, inculturada en el pueblo es depositaria y sublimada por la teología lúdica, vivida con el corazón en fidelidad manifiesta conforme a

la convicta letra de la saeta andaluza en honor al “Mejor de los Nacidos”. Su acción redentora se proyecta a la doliente humanidad, en gradual exigencia y radical perdón. Por derivación, el Hermano Mayor de toda Cofradía se erige en masa como cualquier cofrade para ejercer de masa para las masas, en asumida función de embajador de los alejados Las Hermandades y Cofradías son y serán asociaciones dinámicas, rompedoras en una sociedad difusa, nunca ajenas a las hambrunas y epidemias, ya que, el empleo de la fraternidad caritativa conlleva implícitamente la compartida compasión y el perdón mutuo. Después de Cristo es posible representar a Dios mediante el arte, en especial, mediante la escultura figurativa y la imaginería sagrada y procesional, por lo que, según san Juan Damasceno, “Dios al encarnarse ha dignificado la materia por Él creada”. La estadística de Jesucristo es la mejor, quizás por resultar imprevisible y alejada de nuestra lógica, suscitada por el interés en la búsqueda y el hallazgo de la oveja perdida, la entrega de la pequeña moneda de una pobre viuda, o, el gozoso encuentro de un padre en volcada acogida hacia del hijo pródigo. El Señor siempre estuvo esperando y así murió, por ello, desde Jesucristo, quedó sublimada la humanidad al ejercer de hombre, aunque de otra manera. En síntesis, somos una extraña elección de Dios, por lo que, desde antaño, mucha suerte hemos tenido.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV, Actas I Congreso Nacional de Cofradías de Semana Santa, 5/8 de febrero 1987, Zamora 1988.
- AA.VV, Rito, Música y Escena en Semana Santa, Ed. Comunidad de Madrid, 1994.
- AA.VV, Actas del Congreso Nacional Cofradías Penitenciales y Semana Santa, Coord. Juan Aranda Doncel, Ed. Diputación de Córdoba, 2012
- AA.VV, La Semana Santa en Castilla y León, Ed. Edileasa, León 1993.
- AA.VV, Cofradías de la Vera Cruz, Historia de una Devoción milenaria, Coord. Marion Reder Gadow-Eva M^a Mendoza García, Ed. Cedma, Málaga 2020.
- BONET SALAMANCA, A., Escultura Procesional en Madrid (1940-1990), Ed. Pasos, Madrid 2009.
- CASAS OTERO, J., Estética y Culto iconográfico, Ed. BAC, Madrid 2003.
- CUESTA GÓMEZ, D., S.J., Luces y sombras de la Religiosidad Popular, Ed. Mensajero, Bilbao 2020.

- DÍEZ BORQUE, J. M^a, Teatro y fiesta en el Barroco, Ed. Del Serbal, Barcelona 1986.
- FERNÁNDEZ VILLA, D., Historia del Cristo de Medinaceli, Ed. Everest, León 1982.
- FREEDBERG, D., El Poder de las Imágenes, Ed. Cátedra, Madrid 1992.
- GALTIER MARTÍ, F., Arte y Fiesta en la Celebración de la Semana Santa (Desde los Primeros Cristianos hasta las más antiguas Cofradías Pasionistas), Mira Editores, Zaragoza 2014.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, F., y MARTÍNEZ CARBAJO, A. F., Iglesias de Madrid, Ed. La Librería, Madrid 2006.
- GÓMEZ MORENO, M^a E., Breve Historia de la Escultura Española, Ed. Dossat, S.A., Madrid 1951.
- GONZÁLEZ VICARIO, M^a T., Aproximación a la Escultura Religiosa Contemporánea, Ed. UNED, Madrid 1989.
- INIESTA COULLAUT-VALERA, E., La Estrella ¿Dios?, La Pregunta, Ed. Comares, Granada 2001.
- MALDONADO ARENAS, L., Para comprender el Catolicismo popular, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1990.
- MARÍN MEDINA, J., La escultura española, historia y evolución crítica contemporánea (1800-1973), Ed. Edarcón, Madrid 1978.
- MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., Escultura Barroca en España 1600-1770, Ed. Cátedra, Madrid 1983.
- MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., Las claves de la escultura, Ed. Ariel, Barcelona 1986.
- MARTÍN VELASCO, J. de D., Introducción a la fenomenología de la religión, Ed. Cristiandad, Madrid 1978.
- Revista Iglesia Viva, “Arte y religión: entre la tensión y el diálogo”, nº 256, Valencia 2013.
- PANTORBA, B. de, Historia y Crítica de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes celebradas en España, Madrid 1980.

- PORTELA SANDOVAL, F. J., Separata en Cuadernos de Historia y Arte, Centenario de la Diócesis Madrid-Alcalá, nº IV, Ed. Arzobispado de Madrid-Alcalá, Madrid 1990.
- RÉAU, L., Iconografía del arte cristiano, Ed. Del Serbal, Barcelona 2000.
- VORÁGINE, S. de la, La Leyenda Dorada, Ed. Alianza Forma, Madrid 1980, 2 vols.



Cofrades enfilados.



El acto procesional.



Barcelona. El Cristo de Lepanto.



Paso Mariano de Palio.



Procesión.



Valladolid, Quinta Angustia.

